

NÚÑEZ DE ARCE, GASPAR (1834-1903)

LA SELVA OSCURA

ADVERTENCIA

Por si acaso el público, inclinado siempre a buscar el sentido y a medir el alcance de las obras que lee, desea conocer la tendencia moral, tal vez demasiado velada, de este nuevo Poema que le ofrezco, voy, en pocas palabras, a satisfacer su curiosidad, exponiendo el pensamiento a que he obedecido, y que temo no haber acertado a expresar con la claridad debida.

En el simbólico amor de Dante a Beatriz, que resiste no sólo a las amarguras de la existencia, sino a la oscuridad de la muerte, y que abre tan vastos horizontes a la imaginación, al sentimiento y a la sabiduría del excelso poeta florentino, descubriéndole los más terribles misterios, he intentado representar la constante aspiración a lo desconocido y lo infinito, que anima al hombre, sirviéndole de poderoso estímulo para acometer las más altas empresas, y sin la cual su razón sería sólo una fuerza sin objeto, él, un cadáver ambulante, y la sociedad, confusa y desordenada muchedumbre.

Hoy que bajo el peso del desengaño, de la contradicción y de la duda, tantos ideales desaparecen, bueno es repetir un día y otro a las almas escépticas o fatigadas, que es imposible vivir sin alguno, y que, aun cuando desgraciadamente se comprobaran y resultasen verdaderas las tristes negaciones de una filosofía desesperada y vencida por el tedio; aun cuando se demostrara que todo en la vida y en la conciencia es ilusión, sueño y sombra, el mundo no se conformaría con esta dolorosa y estéril certidumbre, y haría bien en no conformarse; porque ¿adónde iría sin luz, sin esperanza, sin libertad y sin Dios?

Todos debemos, pues, tener fija en nuestro espíritu la radiante imagen de una Beatriz inmortal, única señora de nuestros pensamientos, que nos conforte en la tribulación, nos ampare en la lucha y nos dé valor en las horas de desmayo. Si la noble aspiración que vive y alienta en nuestros corazones es realizable, nunca dejemos de rendirle culto; y si, por desdicha, no es más que un sueño... ¡oh!, entonces ¡tristes de nosotros!, procuremos no despertar.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

CANTO PRIMERO

Dante

Al bajar la pendiente de la vida,
me hallé de pronto en una selva oscura:
agreste y sin vereda conocida .

Turbado y lleno de mortal pavor,
seguí marchando a tientas y sin tino
al través de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,
las hojas de los árboles movía
y alfombraba con ellas mi camino.

No sé por qué mi corazón creía
que con las mustias y amarillas hojas
llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas
de mis desnudos pies ensangrentados,
y avanzando entre sustos y congojas,

intenté ver si por opuestos lados
fácil salida al laberinto hallaba,
y venturoso fin a mis cuidados.

Pero a medida que en la selva entraba
iba siendo su aspecto más salvaje,
y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje
hiriéndome al pasar con golpe rudo,
me arrancó sordo grito de coraje,

sin que templaran mi dolor agudo
ni el silencioso bosque, ni el sombrío
cielo, ni el eco a mis clamores mudo!

Asaltome el terror, y a pesar mío
volcose mi asombrado pensamiento,
como se vuelca el ánfora de un río,

poblando, en su febril desbordamiento,

de monstruos la espesísima arboleda
y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda
fijo en el alma, del tropel liviano
iluminaba la bullente rueda,

cual la luz que en las noches de verano
serpentea con lívido destello
sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó a mi cuello
y conturbó mi juicio de tal modo,
que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo
y acometido por las sombras, iba
tropezando doquier como un beodo,

hasta que al fin, agitación tan viva
rindió mis fuerzas y caí, cual duro
roble, que el huracán troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,
postrado estuve y frío como el hielo,
inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí con hondo anhelo,
desesperando del auxilio humano,
alcé los ojos y la mente al cielo;

que busqué en mi memoria de cristiano
la fe de mi piadosa adolescencia,
y que pugué por alcanzarla en vano.

¡Oh ciclo, que alumbraste mi inocencia,
de candorosas ilusiones lleno
en tu infinita y pura transparencia!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,
patria inmortal del ánimo que aspira
a dilatarse en tu profundo seno!

¡Cuánto has cambiado para mí!... ¡Mentira!
Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera
es del color del alma que la mira!

¿Por qué se asusta el ave pasajera
que con vuelo imprudente y atrevido
a incógnita región partió ligera,

si cuando torna al bosque en que ha nacido
tal vez arrepentida y fatigada,
no encuentra ya su abandonado nido?

De pronto, traspasando la enramada
sin conmover las hojas, como suave
rayo de luna en noche sosegada,

llegó un anciano a mí, pausado y grave,
mostrando la serena compostura.
que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad a su figura
el lauro de oro en la anchurosa frente,
y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente
de quien no cede a la pasión tirana,
ni el torpe miedo del peligro siente,

rasgando con su vista soberana
la densa oscuridad, como avezado
a penetrar en la conciencia humana

y a ver hasta en el pecho más cerrado
la insomne incertidumbre del delito
y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito
en su semblante rígido y severo
por las vigilias y el dolor marchito;

cuando animar con mis memorias quiero,
si no la noble imagen, el esbozo
de aquella ilustre sombra que venero;

de boca reprimida, extraña al gozo,
como empeñada en detener el paso
a justa maldición y hondo sollozo;

de aguileña nariz, de rostro raso

y enjuto, de mirada penetrante
como una espada, y tan temida acaso

Lleno de admiración vile delante
de mí, lloré, con voz conmovedora
grité, cayendo prosternado: -¡Oh Dante!

Y a este nombre la turba aterradora
de fantasmas huyó; cual los insanos
sueños al leve rayo de la aurora.

-Señor, -tendiendo las crispadas manos
exclamé con afán-; préstame auxilio,
que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

-Haré por ti cuanto en mi largo exilio
-me contestó con reposado acento-
hizo por mí la sombra de Virgilio

Será grande y terrible tu tormento
antes que el sol a iluminarte vuelva,
porque aquí se desgarran el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva
la sentencia fatal de que en la vida
todos pasamos por la oscura selva.

¡Todos pasamos, sí! Y es, a medida
que de su freno la razón se exime,
más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,
aquí se llora sangre, aquí el quebranto
de las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,
ni olor las flores, ni rumor las fuentes,
ni las medrosas avecillas, canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes
bajo el tremendo golpe de la pena,
crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena;

hiel el agua que bebes; aquí el hombre

llega a dudar de Dios y se condena.

-¡Oh!, -receloso pregunté-, ¿qué nombre
tiene esta horrible selva en que me veo?
¿A dó podré mirar que no me asombre?

Y cuando así expresaba mi deseo,
sentime herido de terror extraño,
como en presencia de su juez el reo.

-¿No has conocido ya para tu daño
-respondiome el Maestro-, que caminas
por la selva mortal del Desengaño?

¿No te lo han revelado las espinas
que ensangrientan tus pies, y el grave peso
de los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso
las jóvenes y alegres ilusiones
impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones
aduerman tu virtud, ni con infames
halagos den calor a tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames
el llanto acerbo que tu rostro escalda.
¡Huyeron! No vendrán aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda
de la vejez, impuras meretrices,
todas nos vuelven con desdén la espalda.

¡Ay! ¡Bienaventurados y felices
los que al llegar al término forzoso
que con estéril cólera maldices;

cuando por todas partes el frondoso
bosque, sus pasos embaraza y cierra,
y no encuentran la dicha ni el reposo;

cuando, como despojos de la guerra,
van dejando en la linde del camino
las raudas alegrías de la tierra,

y el hombre, fatigado peregrino,
hacia el mudo sepulcro avanza a oscuras
sin saber dónde va, ni por qué vino;

no pierden en las agrias cortaduras
del escabroso monte de la vida,
sino sus miserables vestiduras,

y llevan hasta el fin de la partida
la luz, que el mundo al infortunio niega,
en su propia conciencia recogida!

Esa luz, cuando el ánimo se entrega
a la insaciable duda, con su escaso
fulgor, si no le alumbra, no le ciega;

y semejante al sol en el ocaso,
no esparce ya la claridad del día,
pero a la negra noche estorba el paso.

Tenue es su resplandor; mas él nos guía
cuando abatido el corazón despierta
en la intrincada y azarosa vía.

¡Triste de aquel que a conservar no acierta
viva esa luz, y arrastra desolado
al través de la vida el alma muerta!

Que es como el asesino condenado
a marchar siempre, en lóbreguez envuelto,
con su inocente víctima cargado.

-¡Oh Dante!, -preguntele, apenas vuelto
de mi estupor-. ¿Y tu pasión, aún vive?
-¡Vive, y no morirá!, -dijo resuelto-.

Con mayor fuerza su impresión recibe
mi espíritu inmortal, hoy que no siente
deleznable interés que le captive.

Dijo, dobló la pensativa frente,
guardó silencio, y sin hablar marchamos
largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos
de corpulentos árboles se abrían,

y sin molestia ni dolor pasamos.

Pero después con ímpetu volvían
a entrelazarse como espesa malla,
y dijérase a veces que gemían,

o que surgía de la inculta valla
que tras nosotros se cerraba, el ruido
temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido
clamó alzando la frente: -¡Oh casto sueño,
nunca logrado y siempre perseguido!

¡Oh Beatriz, que con tenaz empeño
busco en vida y en muerte! ¡Oh tú, que fuiste
y serás siempre mi imposible dueño!

¿Quién a su encanto celestial resiste?
¿Quién, sin amarla y someterse, mira
su faz a un tiempo esplendorosa y triste?

¿Quién por volver a verla no suspira?
¿Cómo olvidar su pudibunda sombra
si ante mí, sin cesar, irradia y gira?

Cuando la humana confusión me asombra
y vacila mi fe, su imagen bella
con angélica voz me alienta y nombra,

y vamos ambos por la misma huella
los círculos celestes recorriendo,
ella en pos de la luz, y yo tras ella .

-Padre -dije-, perdona si pretendo
penetrar atrevido el hondo arcano
de esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano
las excelencias el amor divino
y las miserias del amor humano.

A una mujer te encadenó tu sino
y extático la amaste, hasta el momento
en que la muerte a devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento;
pero al perder su túnica terrena
hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la visión que te enajena
con incansable afán; mas ¿de qué modo
obra en ti la pasión? ¿Es gozo? ¿Es pena?

¿Amas la carne vil? ¿Amas el lodo?
¿O bien la esencia incorruptible y santa
del alma libre? -Y respondiome: -¡Todo!

La eterna aspiración que nos encanta
y llega a Dios como impalpable nube,
del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube
nuestro dolor, en busca de consuelo,
a las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo
a la excelsa región de la esperanza;
es la nostalgia mística del cielo.

-Señor -repuse-, mi razón no alcanza
a entender los misterios que me dices,
y más se ofusca, cuanto más avanza.

-Sabrás, sin que tu ingenio martirices
lo que tu mente conocer no pudo.
-Y así hablando, sentose en las raíces

salientes y rugosas de un desnudo
tronco, fantasma de la selva umbría,
ante el cual desbordado, pero mudo,
ancho río de lágrimas corría.

CANTO SEGUNDO

Beatriz

Con su profundo pensamiento fijo
en más prósperos tiempos y lugares,
Dante Alhigieri, suspirando, dijo:

-¡Recordar es vivir! Paternos lares,
sueños de amor, quiméricos anhelos,
rápidos goces, íntimos pesares,

luchas de la ambición, traidores celos,
sorda inquietud del alma que se pierde
sin hallar el camino de los cielos,

horas de insomnio en que voraz nos muerde
la duda el corazón, breve alegría,
¡desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos gula
por el humano mar embravecido,
desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
la lobreguez del porvenir delante,
sí deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante
el puerto adonde va, conozca al menos
los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos
de mi fugaz y hermosa primavera,
a la malicia y al engaño ajenos,

fue cuando Beatriz, que también era
niña inocente, en noble hogar nacida,
rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,
pudo unirnos con lazo tan estrecho
en los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
como resguarda a la ciudad el muro
contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mutua ignorancia era un seguro.
inexpugnable, misterioso y santo,
cerrado a todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto

de una pasión, en la niñez ignota,
y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota a gota
la peña horada, y rumoroso emprende
su curso desde el risco en donde brota,

que va creciendo al paso que desciende,
hasta que al fin con desatado brío
por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío
aumentaron también con la distancia,
como el arroyo al transformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
encerró mi ventura, como encierra
el virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
a tan grata ilusión, que desde el cielo
amándonos bajamos a la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
negro como la noche, la memoria
de las gemelas almas sin consuelo,

que durante su estancia transitoria
por nuestro valle de dolor, olvidan
su edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite a veces que coincidan
en un mismo recuerdo, y se den cuenta
de los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
las sombras de su mente, como el rayo
rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo
en plena luz, desde la excelsa cumbre
a do llegué tras mi postrer desmayo,

mi duda se convierte en certidumbre,
y sé que fuimos al cruzar el mundo
como dos chispas de la misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo
que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido
llegó sin voz hasta los pies de aquella
que me robaba el alma y el sentido.

Jamás oyó la cándida doncella
concepto alguno, que asomar los rojos
matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
mis secretas zozobras expresaba
con el mudo lenguaje de los ojos,

y sin hablar, sin que mi lengua, esclava
de ruin temor, se aventurase al ruego,
ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
ante la majestad de su hermosura,
que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después cuando la noche oscura,
de rutilantes astros coronada,
excitaba mi fiebre y mi locura;

cuando solo en mi hogar, con la mirada
fija en el ancho espacio tenebroso,
do esplendía la imagen de mi amada,

buscaba en el silencio y el reposo
lenitivo a mi mal ¡cuán tristes quejas
exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,
volaban a Beatriz mis pensamientos
al través de los muros y las rejas,

y en la noche callada, en los momentos
en que soltaba sus cabellos de oro,
turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro

mis ardientes suspiros a su lado
revolaban diciéndole: -¡Te adoro!

Alguna vez en mi infeliz estado
la voz del corazón secreta y honda,
gritábame: -¡Valor!, que eres amado;

mas no cobarde tu pasión se esconda,
ni quieras que la virgen inocente
a tu silencio, impúdica responda.

Entonces, llena de ilusión la mente,
de Beatriz a la mansión cercana
animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pie de su ventana,
confuso y sin valor retrocedía,
diciendo: -¡Es pronto! Volveré mañana.

Y no lució jamás propicio el día
para mi amor, que atormentado y preso
en mí, como un Titán, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
se fundieran en éxtasis divino
nuestras dos existencias en un beso.

Mas, ¡ay!, que un día inesperado vino
a dejarme la muerte pavorosa
solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
que formaron en hora afortunada
la nieve en competencia con la rosa;

aquella casta frente, urna sagrada
de virtud y de amor; aquellos ojos
claros como la luz de la alborada;

aquel seno gentil; aquellos rojos
labios, que con su púdica sonrisa
templaban el rigor de mis enojos,

aquella voz que trémula, indecisa,
llegaba a mí, como lejano canto
de la noche, en las alas de la brisa:

todo al compás de mi abundoso llanto,
pasó ante mí como fugaz centella,
y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
que al transplantarla a mundos superiores
su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la vi a los siniestros resplandores
de blanco cirio, al parecer dormida,
la sien orlada de olorosas flores,

y en su apacible faz descolorida
posé temblando un ósculo... ¡el primero
y único beso que le di en mi vida!

¡Ay! cómo pude resistir al fiero
y rudo embate de tan dura prueba,
ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

porque el pesar que amortiguado lleva,
mas no extinguido el corazón, es llaga
que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
caminaba al azar y sin concierto,
como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
sin luz el sol, naturaleza muda,
y yo no acongojado, sino muerto:

Porque no vive el alma que desnuda
de todo bien, frenética se lanza
en los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fui! Mas ¿dó no alcanza
la clemencia de Dios que nos envía
tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
en que arrastrado por la indócil ola
del dolor, retorciéndome gemía;

cuando más ciega, abandonada y sola

pugnaba mi razón contra la pena
en que la fe del hombre se acrisola,

la imagen de Beatriz, dulce y serena,
apareció a mis ojos de improviso,
de celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso
poner fin a mi inmensa pesadumbre
con aquella, Visión del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbre
y envuelta en su flotante vestidura,
sin mancha como nieve de la cumbre,

bajó hasta mí la virginal figura,
para alumbrar mi espíritu sombrío
con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,
convulso incorporándome en el lecho,
quise abrazarla, y abracé el vacío,

y de su imagen al través, deshecho
en un raudal de lágrimas, tres veces
sentí caer mis brazos sobre el pecho.

-El cielo, oyendo tus continuas preces
-exclamó la Visión-, volverte anhela
el perdido reposo que apetece,

y torno a ti, como afanosa vuela
el ave errante al silencioso nido
donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
pensando en tu aflicción, triste mí estancia,
y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva a tu constancia,
que no pudieron quebrantar la suerte,
ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

como en debido premio acudo a verte
y por orden altísima te digo
que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del ciclo a esclarecer me obligo
tu espíritu gigante, y por doquiera
que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
-¡Avanza!, -te diré- que el bien nos guía;
y cuando empieces a dudar: -¡Espera!

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
subirá más porque tendrá dos alas
para elevarse a Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para ti nupciales galas,
seré tu esposa mística, y mi mano
te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano,
tu mente llegará donde no pudo
llegar jamás el pensamiento humano,

y unida a ti por invisible nudo,
en las recias batallas de la vida
tú la espada serás y yo el escudo.

Esto dijo, y su voz siempre querida,
vibró en mi corazón, como las notas
de un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:
sentí al impulso de su acento tierno
las ligaduras de mi carne rotas,

y traspasé las puertas del Infierno,
y con espanto vi de los precitos
la fiera angustia y el suplicio eterno,

y horripilado percibí los gritos
que arrancaba a las almas pecadoras
la tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,
cerrado para siempre a la esperanza,
donde son siglos de dolor las horas,

invencible y tenaz desconfianza

sujetaba mis pies, o el terror ciego
que nunca el hombre a dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
el nombre de Beatriz, romper me hacía
olas de sangre y límites de fuego .

Mas no tan sólo en la región sombría
del llanto penetré: siempre guiado
por mis sueños de amor y poesía,

subí también al círculo apartado
donde las almas con ferviente anhelo
esperan el perdón de su pecado;

y lejos ya de la mansión del duelo,
visité, libre de temor impuro,
las esferas espléndidas del cielo.

Dijo Dante, y alzándose del duro
tronco, emprendió de nuevo la jornada
con ánimo resuelto y pie seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
con el mudo tropel de mis ideas,
al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó: -¡Bendita seas
santa ilusión que nuestra pobre vida
dignificas, levantas y hermo seas!

Sin ti, nuestra conciencia sumergida
en tenebroso y perdurable encierro,
gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por ti, mi voluntad de hierro
pudo sufrir la adversidad terrena
y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por ti, subí sin pena,
pero no sin orgullo, los peldaños
tan tristes, ¡ay!, de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
soporté con firmeza soberana
la injusticia de propios y de extraños.

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana
no columbrara en lontananza el puerto
y la costa segura, aunque lejana;

si en medio del mundano desconcierto
no hubiese a veces mi razón confusa
entrevisto el oasis del desierto;

privado de la paz que no rehúsa
a las almas la fe, tú hubieras sido,
¡oh desesperación!, mi única Musa.

Yo seguía escuchando embebecido
las austeras palabras del Maestro,
mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, a cada instante, más siniestro
se presentaba, y la escabrosa ruta
más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró, por fin, mi marcha irresoluta,
salvando de improviso los abrojos
que la boca cerraban de una gruta,

feroz pantera, cuyos anchos ojos
relucían inquietos en la densa
oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,
cual si estuviese contra mi en acecho,
descuidado cogiome y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
grité azorado, y a mi propio grito
desperté, revolcándome en el lecho.

-¡Luz, dadme luz!, -clamé con infinito
afán, con el afán del moribundo
a quien mira su culpa de hito en hito.

-Sin el vivo calor, sin el fecundo
rayo de la ilusión consoladora,
¿qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Lejos de mí las sombras que a deshora

llenar de espanto la conciencia humana!
Y al decir esto, penetró la aurora
en torrentes de luz por mi ventana.